

los escoceses, y que se adelantaban hácia el Mediodía para poner sitio á Hereford. Salió de Ragland para acudir al socorro de Goring; pero apenas hubo llegado á orillas del Saverna, cuando la falta de reclutas, las disensiones de los oficiales, y mil embarazos imprevistos le desalentaron é hicieron volver al país de Galles. Encontrábase en Cardiff indeciso, cuando le presentan una carta del príncipe Roberto al duque de Richmond, en que decia que estaba todo perdido y que convenia de todos modos la paz, y encargaba que la leyesen al rey. Cuando le parecia que peligraba su honor entonces recobraba Cárlos toda su energía.

Escribió al instante á su sobrino: «Razon tendriais si no hiciese la guerra en defensa de mi religion, de mi corona y de mis amigos. Hablando como soldado ó como hombre de estado, convengo que es probable mi ruina; pero como cristiano debo deciros que Dios no permitirá el triunfo de los rebeldes. Cualquiera que sea el castigo que Dios tenga á bien imponerme, nada me obligará á arrepentirme ni á abandonar mi causa. Sépanlo mis amigos: todos deben estar decididos á morir, ó lo que es peor, á vivir en el colmo de la miseria á que pueden reducirnos los infames. Por Dios no nos entreguemos á vanas quimeras; creedme, la sola idea de que anhelaís por un tratado precipitará mi pérdida.» Y para animar sus partidarios, dejó el país de Galles, atravesó sin ser visto el ejército escocés y los condados de Shrop, Stafford, Derby y Nottingham, y habiendo llegado al de York convocó en Doncaster todos sus leales caballeros del Norte para reunirse con ellos al fiel y nunca vencido Montrose.

Acudieron los caballeros entusiastas á la presencia del rey; se trató de formar un cuerpo de infantería; faltaban víveres en las plazas, y valia mas desguarnecerlas; en tres dias cerca de 3,000 hombres ofrecieron al rey sus servicios, prontos á marchar. Solo se esperaba una carta de Montrose para saber si se le encontraría en Escocia, ó se señalaría un punto de reunion para Inglaterra. De repente se supo que Lesley, á la cabeza de la caballería escocesa habia dejado el sitio de Hereford, y se encontraba ya en Rotherham, á cuatro leguas de Doncaster, en busca del rey. El descalabro de Naseby habia desalentado enteramente á los realistas, y su confianza se desvanecía á vista del peligro. Muchos abandonaron el campamento; los mas valientes juzgaban imposible reunirse con Montrose y por lo tanto solo pensaban en la seguridad del rey. Huyó este, seguido de unos 1,500 caballos, atravesó sin obstáculo el centro del reino, batió aun casualmente algunos destacamentos parlamentarios, y

entró el 29 de agosto en Oxford, no sabiendo que practicar con estas cortas fuerzas que le quedaban.

A los dos dias llegaron á su noticia recientes y prodigiosas ventajas de Montrose en Escocia; no solo en el Norte de este reino y entre los montañeses triunfaba la causa real, sino que tambien sucedia otro tanto en el Mediodía y en las tierras bajas: el 15 de agosto habia obtenido en Kilsyth la séptima y brillantísima victoria contra los parlamentarios. El ejército de estos quedaba destruido; Bothwell, Glasgow, y aun Edimburgo, habian abierto sus puertas al vencedor; se habia dado libertad á todos los realistas prisioneros; la grandeza del país se habia en fin declarado por Cárlos: de todas partes huian los jefes parlamentarios, unos á Inglaterra y otros á Irlanda. En fin, la caballería de Lesley era llamada á Escocia para defender la patria, y aun se añadió que ya se dirigia á aquel reino cuando huyó espantado de Doncaster.

Al oír estas gloriosas hazañas, salió Cárlos para marchar contra el ejército escocés con el objeto de obligarle al menos á levantar el sitio de Hereford. A su tránsito por Ragland supo que Fairfax acababa de atacar á Bristol, importante plaza de sus posesiones en el Oeste, defendida por el príncipe Roberto, y capaz de resistir cuatro meses. Encontrábase á una jornada de Hereford, cuando supo que los escoceses habian levantado el sitio, y se retiraban precipitadamente hácia el Norte. Se le instó para que persiguiese á los fugitivos, que turbados y en desorden atravesaban un país enemigo, pues hubiera sido fácil destruirlos. Pero Cárlos se encontraba tambien fatigado de una actividad superior á sus fuerzas; dijo ser forzoso socorrer á Bristol, y aguardando la llegada de algunas tropas llamadas del Oeste al intento, volvió al castillo de Ragland, ya para disfrutar de esta morada deliciosa, ó ya para hablar con el marques de Worcester acerca del misterioso negocio que los reunia.

No bien hubo llegado, cuando recibió la inesperada noticia de que Roberto habia rendido la plaza de Bristol al primer asalto, casi sin resistencia, sin que nada le faltase aun para la defensa. Grande fue la consternacion de Cárlos, y amarga para su alma la idea de su ruina en el Oeste. Escribió al príncipe: «Sobrino mio, si bien la pérdida de Bristol ha sido para mí un golpe terrible, sin embargo el modo como habeis rendido la plaza me hace olvidar todo. ¿Qué puedo hacer cuando procede tan cobardemente un hombre por cuyas venas corre mi sangre?... Tanto es lo que sobre el particular podria decir que prefiero callar. Acordaos que el 12 de agosto me escribisteis que os defenderiais cuatro meses si no

había sedición en Bristol. ¿Os habeis defendido siquiera cuatro días? ¿qué sedición ha habido? Concluyo, deseando que os busqueis en Ultramar la subsistencia hasta que Dios sea servido disponer de mí. Ahí os envío un pasaporte; plegue al cielo que podais un día grangearos lo que habeis perdido. Una victoria no me sería mas grata que el poderme llamar sin mengua vuestro tío y fiel amigo. *Cárlos rey.*»

Escribió el mismo día á Oxford, donde se había retirado el príncipe mandando á los lores del consejo que recogiesen sus despachos, acechasen sus pasos, destituyesen al coronel Legg, gobernador de Oxford y amigo suyo, y los arrestasen á entrámbos si había algun tumulto en la plaza. Su carta acababa con esta posdata: «Decid á mi hijo que sentiría menos su muerte que verle imitar una acción tan cobarde como la rendición de Bristol.»

Un recurso quedaba al rey, y era su reunión con Montrose, probada otra vez en vano. Era ante todo preciso marchar hácia Chester para hacer levantar su sitio, puesto que era el único puesto que le quedaba para desembarcar tropas de Irlanda, como meditaba. Al cabo de ocho días perdidos en Hereford, se puso en marcha al través de las montañas de Galles, único camino á favor del cual podía escapar á un cuerpo parlamentario que observaba sus movimientos. Le siguieron unos 5,000 hombres, entre infantería y caballería. Encontrábase ya delante de Chester, cuando picaron su retaguardia los parlamentarios que habían venido por un camino mas fácil. Pero fueron cargados vigorosamente, y tuvieron que replegarse; en esto, el coronel Jones, que dirigía el sitio, destacó un cuerpo que cogió entre dos fuegos á los realistas. El rey vió caer al lado suyo á sus mejores oficiales, y pronto tuvo que huir desesperado hácia el país de Galles, viendo que le era imposible reunirse á Montrose; única esperanza suya.

Tampoco podía ya confiar en esta esperanza, pues hacia diez días que Montrose huía como él buscando soldados y asilo. El 15 de setiembre, en la selva de Ettrick, junto á la frontera de ambos reinos, le había Lesley sorprendido confiado y sin fuerzas. A pesar de todos sus esfuerzos, le habían abandonado los montañeses para ir á esconder en sus asilos el fruto de sus rapiñas. Algunos magnates envidiosos de su gloria, Aboyne entre ellos, se habían alejado con sus vasallos; otros desconfiaron de su fortuna y no se le reunieron como habían prometido. Montrose con su carácter brillante y temerario, escitaba la envidia en los corazones viles, y no inspiraba seguridad á los tímidos. Algo de envanecimiento se mezclaba

también con aquellas cualidades, y menguaba á su influencia: sus amigos le servían con pasión, y sus soldados con entusiasmo, pero no imponía á sus iguales. Su poder por otra parte se fundaba solo en la victoria, y los hombres prudentes, mas numerosos cada día, le miraban con sorpresa, como un metéoro á quien nada detiene, pero que pasa rápidamente. Un descalabro disipó la ilusión, y al día siguiente de su derrota, el conquistador de Escocia solo era ya un proscribo aventurero.

Al recibir este golpe miró Cárlos en derredor sin saber donde buscar un punto de apoyo. Hasta le faltaban consejeros, pues al lado de su hijo los mas sabios estaban. Quedábale solo lord Digby, siempre confiado, siempre dispuesto á oponer nuevos planes á los reveses, y ocupado sobre todo de su crédito, á pesar de su celo. Opinó el rey que le convendría pasar el invierno en la isla de Anglesey, fácil de defender, y cercana á Irlanda; pero le hicieron fácilmente desistir de un proyecto segun el cual abandonaba su reino, cuando aun tenia en él plazas como Worcester, Hereford, Chester, Oxford y Newark. Todos se inclinaban á encerrarse en la primera, pero nada convenia menos á lord Digby. Enemigo declarado del príncipe Roberto, había motivado los rigores del rey contra su persona despues de la pérdida de Bristol: el príncipe nada mas deseaba que ver á su tío, justificarse y vengarse, y esto le hubiera sido fácil conseguirlo en Worcester; de cuyo punto era gobernador su hermano Mauricio. Solo en Newark le era mas difícil comparecer: así fue que con sorpresa se decidió el rey á pasar á Newark.

Súpolo al instante el príncipe, y se puso en camino para allá á pesar de la prohibición que tenia. Repitió el rey que no lo recibiría, mas no por esto dejó de estar inquieto Digby. Bien fuese efecto de casualidad ó de mala fé, corrió de repente la voz de que Montrose había reparado su pérdida y batido á Lesley, y que se adelantaba á la frontera de ambos reinos. Sin mas informes partió el rey con 2,000 caballos para probar por tercera vez á reunirsele. No tardó en disiparse el error; á los dos días de marcha supieron á no dudarlo que Montrose vagaba todavía sin soldados por las montañas del Norte. Ya no le quedaba al rey otro recurso que volver á Newark, en lo que convino el mismo Digby. Pero hallándose por su parte decidido á no presentarse al príncipe Roberto, persuadió á Cárlos que era preciso enviar socorros á Montrose, y se encargó de conducirlos. Separáronse con esto; Digby con 1,500 caballos, casi lo único que quedaba de realistas, para el Norte; y Cárlos para Newark con 500

ó 400 caballos por ejército, y con John Ashburnham su ayuda de cámara por consejero.

Al llegar á la plaza, supo que Roberto se encontraba en el castillo de Belvoir, á tres leguas de la ciudad, con su hermano Mauricio y una escolta de 120 oficiales. Mandóle á decir que permaneciese allí hasta nueva orden manifestándose muy ofendido de su llegada. Pero el príncipe siguió adelantándose, y muchos oficiales de la guarnición, y á mas su gobernador sir Ricardo Willis, le salieron á recibir. Llegó, y sin hacerse anunciar se presentó al rey con todo su séquito. «Señor, le dijo, vengo á daros cuenta de la pérdida de Bristol, y á patentizar las calumnias de que he sido blanco.» Turbado Carlos al par que irritado, apenas le contestó; era hora de cenar y se pusieron á la mesa retirándose la escolta; el rey habló con Mauricio sin dirigir la palabra á Roberto, y concluida la cena se retiró á su cámara. Roberto se alojó en casa del gobernador.

Sin embargo, al día siguiente consintió el rey en la convocación de un consejo de guerra, y después de algunas horas de sesión se declaró que el príncipe no había faltado á su valor ni á su fidelidad. Nada mas fue posible obtener del rey. Harto poco era en sentir del príncipe y de sus partidarios, que permanecieron en Newark exhalando sin rebozo su mal humor. El rey por su parte trató de poner término á los desórdenes cada día mayores de las guarniciones. Para 2,000 hombres de la clase de tropa había veinte y cuatro oficiales generales ó coroneles, cuyo sueldo absorbía casi todas las contribuciones del condado. Los mas adictos gentil-hombres de los alrededores se quejaban amargamente del gobernador, y en vista de ello determinó relevarle pero guardándole consideraciones, pues le confirió el mando de sus guardias á caballo. Sir Ricardo se oponía, diciendo que esta elevación se tomaría á desgracia, en razón de que era muy pobre para cortesano. «Daré providencia» respondió el rey volviéndole la espalda.

El mismo día, á hora de comer, entraron á ver al rey los dos príncipes, sir Ricardo, lord Gerard y veinte oficiales de la guarnición: «Señor, dijo Ricardo, lo que V. M. me ha dicho esta mañana en secreto se ha hecho público en la ciudad, y me deshonoró.—No es por ninguna falta, añadió Roberto, por lo que pierde sir Ricardo su destino; es por ser amigo mio.—Todo esto, repuso lord Gerard, es una trama de lord Digby, quien es un traidor, como lo probaré.» Carlos atónito al par que admirado se levantó de la mesa, y dando algunos pasos hacia su cámara,

ra, mandó á Ricardo Willis que le siguiese: «No, señor, dijo este; he recibido una injuria pública, y espero una reparación también pública.» A esta negativa, fuera de sí Carlos se precipitó hacia ellos, y trémulo de cólera, con voz terrible y gesto amenazador les dijo: «Salid, salid, y no parezcáis nunca mas á mi presencia.» Turbados á su vez los caballeros, salieron precipitadamente, volvieron á casa del gobernador y abandonaron la ciudad en número de doscientos.

Toda la guarnición y los habitantes acudieron para ofrecer al rey la expresión de su respeto y constante adhesión. Por la noche, los descontentos le hicieron pedir pasaportes, rogándole que tuviese á bien no considerarlos como rebeldes: «No los bautizaré hoy día, dijo el rey; tocante á los pasaportes, dénselos cuantos pidan.» Estaba aun conmovido, cuando le llegó la noticia de que lord Digby había sido batido en Sherburne, que sus caballeros se habían dispersado y que hasta se ignoraba el paradero de aquel jefe. En consecuencia, hacia el Norte no quedaban ya soldados ni esperanzas. La misma plaza de Newark dejaba de ser un punto seguro, pues las tropas enemigas de Poyntz se acercaban, ocupaban sucesivamente las plazas cercanas, estrechaban cada día mas el círculo, y empezaba á ser problemático que el rey pudiera escaparse. El 3 de noviembre, á las once de la noche, se reunieron en la plaza del mercado unos 500 caballos, resto de muchos regimientos: presentóse el rey, tomó el mando de un escuadrón, y salió con dirección á Oxford. Estaban prevenidas dos pequeñas guarniciones á su tránsito; caminó de día y de noche, huyendo ya de un cuerpo ó bien alejándose de una plaza enemiga; y se creyó salvado al entrar en Oxford por encontrar allí su consejo, su corte, sus hábitos favoritos, y algun descanso.

No tardó en alcanzarle la desgracia. Mientras anduvo errante de condado en condado y de ciudad en ciudad, Fairfax y Cromwell continuaron sus gloriosas expediciones en el Oeste. En menos de cinco meses cayeron en su poder quince plazas importantes. Concedían honoríficas condiciones á toda guarnición que se les mostraba sumisa, y daban inmediatamente el asalto cuando respondía alguna con altivez. No dejaron de causarles bastante inquietud los asociados, puesto que después de haber probado con ellos la dulzura, tuvo al cabo Cromwell que valerse de las armas. Atacóles con actividad y destreza, ora con rigor ó con clemencia. A instancia suya el parlamento calificó de traición toda reunión de este género; fueron arrestados algunos jefes, y la exacta disciplina del ejército tranquilizó al pueblo. Poco tardaron en desaparecer los asocia-

dos, y cuando el rey entró en Oxford, era tan desesperada en el Oeste la situación de su partido, que al día siguiente escribió al príncipe de Gales mandándole que estuviere pronto para pasar al continente.

Tocante á su persona en nada pensaba, y le parecía que abismándose en la inacción olvidaría su impotencia. Invitó sin embargo al consejo á que le indicase algún medio capaz de sacarle del atolladero. Poco había que escoger, y así se propuso enviar un mensaje á las cámaras, pidiendo un salvo conducto para cuatro negociadores, en lo que consintió el monarca.

Nunca el parlamento estuvo menos dispuesto para la paz. Acababan de entrar en la cámara baja ciento treinta miembros nuevos en lugar de los que se habían salido para seguir al rey. Largo tiempo retardada esta medida, adoptóse al cabo á petición de los independientes, hábiles en sacar partido en Westminster de las victorias ganadas en el campo de batalla. De todo echaron mano para dominar en las elecciones, prescribiéndolas aisladamente y una tras otra, ora retardándolas, ora acelerándolas segun el aspecto que presentaban y empleando sucesivamente la sutileza ó la violencia propia de una minoría vencedora.

Muchos hombres célebres del partido entraron por este medio en la cámara, Fairfax entre ellos, Ludlow, Ireton, Blake, Sidney, Hutchinson y Fleetwood. No por esto en otros puntos dejaron de tener distinto resultado las elecciones; muchos condados enviaron á Westminster hombres extraños á toda facción, si bien que opuestos á la corte, amigos del orden legal y de la paz. Pero á su llegada se encontraban inespertos, sin vínculos, sin jefes, y poco dispuestos á simpatizar con presbiterianos abatidos, que habían perdido en su mayor parte la antigua reputación.

Muy débil fue su valía, y casi nula su influencia; y por tanto, el primer efecto de la nueva reunión fue dar á los independientes nueva audacia y poder. Desde entonces tomaron un carácter mas violento los actos del parlamento. Se supo que durante su permanencia en Londres habían intrigado los comisionados del rey urdiendo tramas para sublevar al pueblo: se decidió al instante que no se recibirían mas comisionados, que no tendrían lugar ulteriores negociaciones, que las cámaras redactarían sus proposiciones de paz bajo la forma de bills, y que se intimaría sencillamente al rey que las adoptase ó desechase meramente como si residiese en Whitehall, y segun costumbre.

El príncipe de Gales ofreció su mediación entre el rey y el pueblo, y Fairfax trasmitió su carta á las cámaras, «haciéndose, dijo, un deber de

no sofocar en su origen la benigna esperanza del jóven pacificador.» Ni se le contestó siquiera. Iba á espirar el término fijado al mando de Cromwell, y se prorogó de nuevo por cuatro meses sin señalar la razón. Re-crudecieron los rigores contra los realistas, y fue revocado el decreto que concedía el quinto de los bienes secuestrados á favor de las mujeres é hijos de los delinquentes. Por otro decreto, desechado anteriormente por los lores, se mandó proceder á la venta de gran parte de los bienes de los obispos y de los delinquentes. No seguía menos violento curso la revolución en los condados y en la dirección de la guerra. Prohibióse dar cuartel á ningún irlandés cogido en Inglaterra con las armas en la mano; eran fusilados á centenares, y se les echaba al mar atados por la espalda. Aun entre los mismos ingleses no se notaba ya aquella dulzura y modales caballerescos, que daban vislumbres de igualdad á ambos partidos tocante á la educación, á las costumbres, y á la necesidad misma de la paz.

Entre los parlamentarios, casi solo Fairfax conservaba estos rasgos de humanidad; alrededor de él eran hábiles y valientes á la par oficiales y soldados; pero los de costumbres salvajes, los fanáticos, pensaban solo en vencer, y en los realistas nada veían mas que enemigos. Estos á su vez, irritados por tener que sucumbir contra tales contrarios, procuraban desatarse en sátiras, en epigramas y en canciones cada día mas insultantes. De este modo se iba encrudeciendo la guerra, como entre gentes que solo se conocen para despreciarse ú odiarse. Al propio tiempo estalló el mal encubierto encono entre los escoceses y las cámaras; se quejaban aquellos de que no se pagase su ejército, y estas de que un ejército aliado pillase y devastase á fuer de enemigos los condados que ocupaba. Do quier en fin, la ardiente fermentación, los odios profundos, y las medidas mas fuertes y decisivas, daban poca esperanza de paz y ni aun de tregua.

Las proposiciones del rey fueron desechadas, y se negó todo salvoconducto. Insistió con nuevos mensajes, pero inútilmente, pues se le contestó que las intrigas de sus cortesanos no permitían que se les dejase entrar en la capital. Ofreció pasar en persona á Westminster para tratar con el parlamento, pero, á pesar del celo de los escoceses fue tambien desechada esta proposición. Renovó con todo sus instancias, no tanto para lograr su demanda, como para malquistar las cámaras con el pueblo que deseaba la paz. Pero sus enemigos tenían un medio mas seguro para acabar de desacreditarle, y anunciaron solemnemente que eran fal-

sus deseos; que acaba de concluir con los irlandeses, no una tregua sino un tratado de alianza; que 10,000 rebeldes, al mando de Glamorgan iban á desembarcar en Chester; que el precio de este odioso socorro era la completa abolición de las leyes penales contra los católicos, la libertad de su culto, el reconocimiento de su derecho á las iglesias y á las tierras de que se habían apoderado, en una palabra, el triunfo del papismo y la ruina de los protestantes en Irlanda. Una copia del tratado y muchas cartas que hacían relación á él se habían encontrado en el coche del arzobispo de Tuám, uno de los jefes de los sublevados, muerto casualmente en una refriega, junto á las murallas de Sligo. La junta de ambos reinos, que hacía tres meses que guardaba estos documentos para una ocasión importante, los presentó á las cámaras, y estas mandaron que se publicaran.

Llegó á lo sumo la turbación del rey, porque los hechos eran innegables, y aun no habían llegado á noticia de todo el parlamento. Hacia dos años que el mismo Carlos dirigía esta negociación con el mayor secreto, ignorándolo su mismo consejo, y aun en gran parte el mismo marqués de Ormond, su teniente en Irlanda, y cuyo celo le era tan necesario. Solo lord Herbert, católico, hijo mayor del marqués de Worcester, y titulado conde de Glamorgan, obtenía acerca del particular toda la confianza del rey. Valiente, generoso, arrojado y adicto á su señor en peligro y á su religión oprimida, Glamorgan iba y venía de Inglaterra á Irlanda, encargándose de dar los pasos á que se negaba Ormond, sabiendo solo hasta donde se extendían las concesiones del rey. Por su medio tenía lugar la correspondencia de Carlos con Rinuccini, nuncio del papa recientemente llegado á Irlanda, y con el papa mismo.

En fin, el rey les había autorizado formalmente por un acto secreto, firmado de su mano, para conceder á los irlandeses cuanto juzgasen necesario á fin de obtener un socorro eficaz, y se obligaba á ratificarlo todo, por ilegales que pudiesen ser las concesiones, deseando únicamente el mas impenetrable secreto hasta tanto que pudiese revelarse todo simultáneamente. Concluyóse el tratado el 20 de agosto del año anterior, y Glamorgan seguía en Irlanda instando vivamente su ejecución. No era otro el secreto de las largas visitas, de la permanencia del rey en el castillo de Ragland, morada de Worcester, y de aquellas esperanzas misteriosas que algunas veces dejaba entrever en medio de sus reveses.

Casi á un tiempo se supo en Oxford y en Dublin que el tratado estaba descubierto. Harto comprendió Ormond el golpe que con tal descubri-

miento recibiría la causa real, y bien fuese que ignorara realmente, según dijo, que Carlos había autorizado tales concesiones, ó mas bien que quisiese darle margen para negarlo, mandó prender al instante á Glamorgan, como por haber comprometido gravemente al monarca conce-



LILBURNE.

diendo sin facultad á los rebeldes lo que todas las leyes les negaban. Leal á toda prueba Glamorgan, enmudeció, no produjo ningún acto secreto que tenía á mano con la firma de Carlos, y dijo que el rey era libre de ratificar ó no lo que él había prometido en su nombre. Carlos por su parte se apresuró á desmentir en un manifiesto dirigido á las cámaras y en sus